

# UN EPISODIO DE LA FRONTERA DE GRANADA

EL MADROÑO. 1462

*Por Michel García*

**D**ESDE la muerte de Enrique III hasta la de Enrique IV, Castilla y Granada se enfrentan en un estado de guerra latente que oscila entre una semi-paz durante las largas treguas que firman los contendientes y una guerra abierta con ocasión de ciertas campañas (1). La historia recuerda sobre todo las ofensivas llevadas a cabo por los reyes cristianos en 1410, —toma de Antequera por el Infante Fernando—, 1431 —victoria de la Higuera vencida por Juan II—, 1455-1460 —campañas de Enrique IV—. Estas fases candentes merecen seguramente que se les llame «guerra», por los muertos y los grandes estragos que provocaron. Pero, vistas desde el campo castellano, más se parecen a ejercicios caballerescos en que la alta nobleza tenía la oportunidad de hacer alarde de su riqueza, —arreas, armamentos, hombres de armas—, realizar algunas proezas que redundaran en su forma y dedicarse al delicioso deporte de la caza de moros. No por nada esas campañas tuvieron lugar al principio del reinado correspondiente. El joven rey sólo entonces podía pretender reunir en torno suyo los distintos bandos que se enfrentaban en el campo de la política interior; y los enfrentamientos recrecerían, pasada la ilusión de unidad que coincidía con la coronación. Además la iniciativa no siempre era del rey, sobre

---

(1) Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ realiza una relación pormenorizada de los acontecimientos ocurridos en la frontera en todo el siglo XV, aunque el título de su librito sea algo más limitado, en: *Juan II y la frontera de Granada*. Universidad de Valladolid C. S. I. C. Col. Estudios y Documentos n.º 2. 1954.

todo en tiempos de Enrique IV, el cual sentía poca afición para la sangre derramada. Pero los ricos hombres de la época veían un enorme interés en la conquista de nuevas tierras que la generosidad real les entregaría, cuando la corona era ya incapaz de proporcionar las mercedes que hicieron famosos a Enrique II y a Juan I.

Entre dos temporadas de guerra oficial, se podía esperar que reinara cierta paz en la frontera granadina. Es lo que pretendían conseguir las numerosas treguas que firmaron reyes moros y cristianos a lo largo del siglo XV. Pero, fuera de que la cotidiana convivencia de dos comunidades no se deja regir fácilmente por tratados firmados entre reyes, los recuerdos mismos de las famosas campañas reales daban motivo para represalias, escaramuzas, talas y quemas, entradas de improviso. Esas diversas acciones no merecen toda la atención de los cronistas. Pertenecen más bien a los anales regionales. Pero algunas de ellas son lo suficientemente graves para que su noticia llegara a la Corte y dieran testimonio de ellas los cronistas oficiales.

Estamos en 1462. Una tregua firmada dos años antes fue prorrogada hasta el mes de abril de 1461. No ha sido renovada. Entonces, los dos campos van a tomar la iniciativa: los cristianos, mandados por el conde Arcos y el duque de Medinasidonia, se apoderan de Gibraltar. Los granadinos, bajo el mando del Infante Abu-l-Hassán Alí, realizan una entrada y corren las tierras de Estepa y Osuna.

Este es el episodio que estudiaré seguidamente. Procuraré medir la distancia que separa los distintos testimonios y también, poner en claro algunas dudas que se tienen aun acerca del episodio: la mayor de ellas consiste en saber si la entrada se terminó por una victoria de los cristianos —como lo dicen las crónicas— o por una victoria de los moros —como lo afirma el profesor Suárez Fernández, basándose en una carta del alcalde de Antequera, Fernando de Narváez, relacionada con el asunto, de la que trataremos más adelante (2).

---

(2) «En el verano de 1462, hubo un nuevo paréntesis de guerra, durante el cual el heredero de Granada, Abu-l-Hassán Alí, venció a Rodrigo Ponce de León y a Luis de Pernia, alcaide de Osuna». Obra cit. p: 31. Reproduce esa opinión diez años más tarde en la *Historia de España* dirigida por Menéndez Pidal: «Pese a una derrota, que los cronistas han intentado disimular, infligida por Abu-l-Hassán Alí a Luis de Pernia, alcaide de Osuna y Rodrigo Ponce de León, hijo del conde de Arcos, la iniciativa estaba indudablemente en manos cristianas».

Tres son los testigos principales del acontecimiento: Alonso de Palencia (3) y Diego Enríquez del Castillo (4), autores —como se sabe— de sendas crónicas de Enrique IV; y Andrés Bernáldez (5) que encabeza su crónica de los Reyes Católicos con seis capítulos relativos al reinado del Impotente, uno de los cuales está dedicado por completo a la relación del episodio que nos interesa (6).

Las divergencias entre las versiones son tales que merece la pena comparar los distintos textos e intentar por consiguiente reconstruir la verdad de los acontecimientos.

Los tres cronistas coinciden para atribuir la iniciativa del suceso a los granadinos. Para Palencia, es el mismo rey quien decide atacar las guarniciones cristianas que supone debilitadas por su indisciplina. Para los otros dos cronistas, la expedición se debe al hijo del rey, el Infante Muley Abu-l-Hassán (Muley Hacen) deseoso de vengar los estragos ocasionados por los castellanos en las campañas anteriores. Bernáldez nos lo describe apoyando su demanda con mucha insistencia ante su padre, el cual era más bien deseoso de conservar relaciones amistosas con Enrique IV.

---

(3) *Crónica del rey don Enrique el cuarto de este nombre, por su capellán y cronista Diego Enríquez del Castillo*: B. A. E. tomo LXX cap. XXVIII p. 116.

(4) PALENCIA, Alonso de. *Cronista de Enrique IV*. Traducción castellana por D. A. Paz y Melia. Madrid. Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. 1904. Tomo I, pp. 356-360.

(5) Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel, escrita por el bachiller Andrés Bernáldez. B. A. E. tomo LXX, cap. III, pp. 570-572: *De la batalla que don Rodrigo Ponce de León e Luis de Pernia vencieron*. El autor pretende seguir a Hernaldo del Pulgar pero «porque sus prosperidades (las de Enrique IV), y sus grandes trabajos, y siniestra fortuna, acaescieron en mis días, de lo cual yo ove vera noticia, quise tomar por principio escribir desde su vida las memorias de las cosas más hazñosas que en mi tiempo han acaecido, de que yo ove verdadera información». Bernáldez podía efectivamente estar al corriente de los episodios de la vida de Rodrigo Ponce de León, futuro marqués de Cádiz, al que le ataban numerosos vínculos. No por eso su testimonio tiene que parecernos del todo sospechoso.

(6) Dejo de lado la *Historia de Granada* de Miguel LAFUENTE ALCÁNTARA. París. Baudry. Librería europea 1852; tomo segundo, capítulo XVI, ya que el autor se contenta con realizar una síntesis del texto de las tres crónicas, a la que añade la crónica de los Ponce de León, del Doctor Salazar de Mendoza ensalzando seguramente de manera exagerada la figura de Rodrigo de Ponce de León.

La segunda de estas versiones resulta desde luego más novelesca: la iniciativa se debe al entusiasmo juvenil del heredero, incapaz de soportar sin reacción la fuerte presión de los paganos del norte, y no a un frío cálculo del mismo rey que conocía los puntos débiles de la coraza del enemigo. El caso es que el tiempo estaba para la guerra. Y así es como, cierto día de la primavera de 1462, una tropa numerosa pasa la frontera con el Infante Muley Hacén a su cabeza.

¿Cuántos eran los guerreros granadinos? Muchos seguramente. Palencia dice: «un poderoso ejército». Enríquez del Castillo adelanta la cifra de 2.500 caballeros y 10.000 peones; Bernáldez, respectivamente 3.000 y 4.000. Semejante ejército representa una fuerza considerable y denota con evidencia un plan elaborado de antemano.

Después de muchos rodeos para desorientar al enemigo, la tropa se dirige hacia Osuna, según Palencia. Según Castillo, corre la tierra de Estepa «donde robó mucho ganado e mató e cautivó muchas ánimas de las que andaban por el campo». Más detalles aun proporciona Bernáldez ya que divide el ejército moro en tres grupos, cerca de Archidona: «400 caballeros van sobre Teba; 800 por el campo de Alhenos, e de Ecija»; los demás o sea unos 1.800 caballos, se quedan atrás con el Infante. Palencia parece tener, por lo tanto, una visión sintética de los acontecimientos mientras que los otros dos cronistas proporcionan más pormenores pero sin que coincidan las dos versiones. Bernáldez, por la precisión de los detalles parece más convincente. Veremos si esa impresión se confirma en lo que sigue.

La noticia de la entrada de los moros cunde rápidamente en los contornos amenazados. Entonces aparecen dos personajes que constituyen los verdaderos héroes del episodio: Rodrigo Ponce de León, hijo de don Juan Ponce de León, conde de Arcos y que la sazón no tenía más de 18 años y Luis de Pernia, el ya viejo alcaide de Osuna. Los dos van a intervenir conjuntamente pero la importancia relativa de su actuación será distinta según los testimonios. Palencia hace del alcaide el alma de la resistencia. No bien enterado de la invasión, organiza la resistencia de Osuna pero también en Arcos y Marchena. De esta villa sale enseguida el joven Ponce de León y, volando a Osuna con unos cuantos hombres, se reúne con el alcaide que toma decididamente el mando de la tropa reunida tan apresuradamente.

Para Castillo, el primer enterado es Rodrigo Ponce de León, en su villa de Marchena. Sale sin demora, a la cabeza de ciento *de caballo*, rumbo a Estepa donde se anuncia la presencia de los enemigos. Cerca de Osuna, es recibido el alcaide Luis de Pernia que se junta con él con otros *ciento de caballo*. Camino de Estepa, la tropa crecerá algo más hasta alcanzar 260 *de caballo* y 600 peones «que se vinieron juntando con ellos de los lugares por do pasaban». Es, pues, una tropa poco numerosa pero seguramente dispuesta para luchar, compuesta que era de campesinos acostumbrados a defenderse contra la agresión siempre amenazadora. En el camino, se entera el «gran daño e robo que los moros avían fecho allí en Estepa». Pero sus jefes les animan a la lucha y, andando sin perder la ordenanza, alcanzan la rezaga de los moros en Peñarubia.

Para Bernáldez, el desarrollo de la acción fue distinto. Recordemos que 400 corredores moros habían sido enviados sobre Teba. Allí es donde los encuentran los guerreros de Rodrigo Ponce de León y Luis de Pernia. Al poco tiempo y, sin que haya encuentro ninguno entre las tropas, se ve acudir a los 800 granadinos que habían ido a correr Alhenos, Osuna y Ecija, con una cabalgata impresionante: «seiscientos bueyes, y mil y quinientas vacas, e treinta y siete hombres christianos presos». Las cifras del ganado parecen algo excesivas pero, aun si se rebajan algún tanto, se miden los efectos enormes que podían producir semejantes entradas para la economía de una región entera. Y el espectáculo es más triste aun, si se considera a esos 37 seres humanos, labradores seguramente, asaltados de improviso por el campo durante la faena, y que estaban condenados a engrosar las filas de los esclavos cristianos del reino nazarí o de Africa. Los moros, desistiendo de los guerreros cristianos que les observaban, siguen su vía y aquéllos les siguen las pisadas. El Comendador de Cazalla arremete dos veces, con 11 caballeros más, la rezaga de los moros y mata a cinco de ellos. Estos, una vez pasado un estrecho —poco propio para que pudieran desplegar sus numerosas fuerzas—, alcanzan un llano y vuelven la cara —y las armas— a los cristianos. El encuentro parece inminente. Bernáldez transcribe entonces un diálogo en el que el viejo y sabio guerrero Luis de Pernia intenta apaciguar el furioso deseo de lucha del joven Ponce de León. El primero, consciente del desequilibrio de las tropas en presencia, quiere disuadir al futuro marqués de Cádiz de emprender la batalla.

Este termina por imponer su parecer: «conviene que no vamos de aquí sin pelear; y mostró allí muy viril corazón, y habló cosas con que se esforzó mucho la gente, que no hizo más demudamiento por ser mozo, que si fuera de quarenta años e tuviera allí mil de caballo». Tan elocuente discurso no tendrá efecto inmediato ya que los moros vuelven otra vez las riendas y no se detienen ya hasta reunirse con el grueso de las fuerzas reunidas en torno al Infante Muley Hacén. Por miedo a la celada los cristianos se suben a un alcor —un cabezo— «e no muy defensible que dicen del Madroño». Así es como el azar de la persecución depara a los cristianos un lugar hasta entonces desconocido y que se haría pronto famoso.

Pero conviene volver a las otras dos crónicas:

Siempre sintético, Palencia sólo alude a las acciones de los moros antes del encuentro con los hombres de Pernia. Centra su relato en la persona del alcaide de Osuna y lo muestra decidido a no ceder terreno a un enemigo mucho más numeroso. Se asegura, pues, nuestro alcaide la posesión, en un bosque vecino, «de un paso llamado del Madroño».

Enríquez del Castillo cuenta que, después de alcanzar la rezaga de los moros en Peñarrubia, los cristianos consiguen matar algunos enemigos, sin dejar de seguirlos en su huida. Pronto llegan al río Yeguañ y la *cabalgada* sube «por la ladera de la atalaya, que se dice el Madroñal».

Aquí se terminan los preliminares de la batalla. Todo lo que antecede, a pesar de los esfuerzos de los cronistas para ensalzar el valor de los jefes cristianos, denota una evidente superioridad de los moros: han logrado sorprender la defensa de los cristianos fronterizos que quedaban desapercibidos; su ejército es infinitamente superior a cualquier tropa que pudieran reunir los cristianos; la ganancia es considerable y puede acarrear un empobrecimiento duradero para varios pueblos de la región. Sin embargo, existe entre los cristianos algo que se parece a una organización de defensa. En efecto, detrás de las personalidades de Rodrigo Ponce de León y Luis de Pernia que los cronistas alaban con un celo quizás excesivo, se siente la presencia de todo un pueblo, mitad campesino, mitad guerrero, siempre dispuesto a luchar contra el granadino. Todos los cronistas insisten en el poco tiempo que fue necesario para reunir una tropa si no muy numerosa, a lo menos relativamente

importante. Los doscientos caballeros son menos significativos en este caso que los seiscientos peones que se juntaron con los primeros durante la caminata. Era gente del pueblo —no poseía cabalgadura— que no vacilaban en dejar su faena para arriesgar su vida: horribles eran las matanzas de peones en las batallas ya que, en caso de derrota, constituían la presa más asequible para los caballeros enemigos. Otro detalle revelador del estado de alerta permanente que debían de conocer las poblaciones fronterizas es el escaso número de presos cristianos que llevaban los moros: treinta y siete según Bernáldez. Es relativamente poco si se piensa en las cifras del ganado recogido que dan una idea de la extensión de territorio recorrido por los guerreros moros.

Las diferencias son numerosas entre los distintos relatos: conciernen la geografía, el número de combatientes, la importancia relativa de los jefes cristianos, el orden de las operaciones. Sin detenernos en los detalles, podemos destacar los siguientes puntos comunes a todas las versiones:

—Un poderoso ejército moro cruza la frontera sorprendiendo a los fronterizos cristianos. Se explayan por Estepa, Teba y Osuna. Roban numeroso ganado y cautivan a algunos hombres.

—La noticia se difunde rápidamente por la zona concernida y los primeros en reaccionar son el alcaide de Osuna, Luis de Pernia y el joven Rodrigo Ponce de León. Se reúnen y salen en persecución de los moros. Cuando los alcanzan, se contentan con observarlos y seguirlos, limitando su actuación a matar a algunos elementos de la rezaga.

—Cerca del río Yeguas, el ejército moro vuelve a formarse de nuevo. Un alcor que lo domina —el Madroño o Madroñal— ofrece una posición estratégica privilegiada que cada bando pretende ocupar.

La batalla que va a entablarse sólo puede ser desequilibrada, dado el número muy superior de moros. Puede ser provocada sea por iniciativa de los moros que piensan realizar una buena ganancia al cautivar a algunos de esos atrevidos enemigos; sea por los cristianos que, en actitud desesperada, se niegan a dejar salir de sus territorios, sin intentar nada, la enorme *cavalgada*. Castillo y Bernáldez eligen la primera hipótesis; Palencia la segunda.

Siempre para poner de realce la personalidad de Pernia, el autor de las *Décadas*, le presta la idea de no dejar que los moros pusieran

a salvo su botín. «...Luis de Pernia, recordando las ilustres hazañas que había ejecutado, y comprendiendo cuanto daño vendría a toda la provincia si con los trescientos caballos y quinientos infantes que tenía dispuestos no tentaba fortuna, ocupó en el vecino bosque el paso llamado del Madroño, y cerró con los enemigos que se habían adelantado a tomar el bosque, trabando con ellos encarnizada lucha». Esa iniciativa no es más que una manifestación desesperada de rabia explicable por la pérdida económica que representa semejante cavalgada y también por la pérdida de honra y de autoridad que acarrearía a nuestro alcaide si no hubiera intentado algo.

Castillo y Bernáldez atribuyen la iniciativa a los moros. Según el primero, los jefes granadinos «apartaron hasta dos mil trescientos de a caballo, los mejores armados o de mayor esfuerzo que entre ellos avía, y enviaron toda la otra gente, así de a caballo como de peones, con la cavalgada». No se precisa por qué razón los moros deciden hacer frente. ¿Para espantar a esos cristianos atrevidos que, cuales mosquitos que vienen a hostigar una bestia de carga, no dejan de molestar con sus enfadosas picaduras? ¿Para añadir algunos cautivos a su ya considerable presa?

Esta idea es la que sostenía Bernáldez. «El Infante acordó que volviese a ellos mientras la cavalgada se alargaba, pensando que por ser tan pocos los podrían también llevar con su cavalgada».

Débase o no a un encuentro ocasional como en la primera versión, o a una voluntad deliberada, es evidente que los dos bandos estaban dispuestos a la lucha y que, por lo tanto, la batalla era casi inevitable. Fácil es imaginar además el placer que le proporcionaría librar una batalla al Infante Muley Hacén. Hasta entonces, su actuación había consistido nada más que en robar gente y ganado, y seguramente quemar algún que otro pueblecito aislado. Nada que fuera a la medida de las fuerzas que había reunido ni de su ambición. Ahora le era dada la posibilidad de enfrentarse verdaderamente con enemigos armados y poner en práctica su recién adquirida ciencia militar. El escaso número de contrarios le aseguraba además la victoria.

El encuentro tomaba el camino de transformarse en ejercicio de academia militar, con la ventaja de efectuarse *in vivo*. Así nos lo pre-

senta Bernáldez. Los moros constituyen tres batallas, mientras que los cristianos adoptan el único plan que les permite sus escasas fuerzas: «Don Rodrigo e Luis de Pernia hicieron su gente apretar a los caballos colas con colas, e hicieron muro de sí mismo en circuito, todas las puntas de las lanzas o de fuera, para defender a boto de lanza como fue». La primera batalla de moros se adelanta y, al no poder penetrar la masa de caballeros cristianos, se contenta con darles «una vuelta alrededor» y arrojar sus lanzas que los castellanos reciben con las adargas. Algo decepcionado, el jefe de esa batalla, Abdalla Ambrán, se precipita contra un grupo de peones de Ecija que se acerca al lugar del combate y mata a ciento veinte y tres de ellos. (7) La segunda batalla de moros hace lo mismo que la anterior y los cristianos resisten el vuelo de lanzas sin demudarse. Cuando el Infante se acerca con la tercera batalla, queda sorprendido al ver que los cristianos siguen firmes en su posición. Entonces empieza una pelea encarnizada que se termina con la ventaja de los castellanos, a pesar de que varios fueron heridos, y, entre ellos, Rodrigo Ponce de León que no dejó de seguir luchando con el brazo atravesado por una lanza. Los moros salen huyendo, perdiendo muchas señas, y los cristianos les siguen el alcance hasta que cierra la noche. Así se termina, en espantosa carnicería, como cualquier batalla de entonces, el encuentro que había empezado bajo el signo de la demostración militar.

De la hermosa narración de Bernáldez, nada o casi se salva en las otras dos versiones. Para Palencia, el encuentro se transforma en seguida en combate generalizado y la victoria cristiana se debe a un ardid de su jefe Luis de Pernia, el cual, haciendo muestra de que se le acercaba gente de refresco, terminó por espantar a los enemigos. Castillo admite la división de los moros en tres batallas pero no saca ninguna consecuencia estratégica de ello. Y la victoria se debe a una maniobra inesperada de los cristianos que «volvieron sobre la mano derecha, hiriendo tan de recio a los moros, que los desbarataron, e hicieron fuir del campo a rienda suelta sin resistencia ninguna».

---

(7) Palencia relata la matanza de peones de Ecija, colocándola en el mismo momento, pero sin precisar donde ocurrió. Cifra la pérdida en 300 infantes y hubieran sido mayores «a no haberse formado los restantes en círculo y resistiéndose hasta la llegada de buen golpe de caballos de Ecija que obligaron al adalid moro a emprender la huída».

De las tres versiones, la de Bernáldez convence más. Los detalles que adelanta sobre la actuación sucesiva de las tres batallas moras son aceptables. Proporciona además un detalle psicológico que puede explicar el desbarato moro: se trata de la sorpresa que experimenta el Infante al constatar que los enemigos han resistido tan bien el ataque de las primeras batallas. La ilusión de una fácil victoria se desvanece en seguida. Entonces, los moros que no se habían preparado para un encuentro duro, se hallan en una situación apremiante. Los cristianos en cambio llevan una doble ventaja psicológica: el haber resistido a las dos primeras batallas es ya de por sí una victoria; además, están dispuestos a jugarse la vida y no tienen por qué adaptar sus intenciones a las circunstancias del combate. De ello resulta que la victoria cristiana se debe en parte a la actitud resuelta de sus combatientes y en parte a la decepción que experimentan los moros al ver que su fácil presa se cambia en realidad en un adversario temible: se encuentran en la situación de un cazador que se ve obligado a hacer la guerra cuando sólo estaba preparado a cazar venado. A eso se añade un tercer elemento. Para los moros, este episodio es secundario, marginal. Lo que cuenta es la cabalgada y el daño que han hecho en las tierras cristianas. No deben sacrificar su ganancia por un placer al fin y al cabo no necesario. Si un placer suplementario está al alcance de la mano, no cuesta trabajo cogerlo. Pero si se aleja repentinamente más vale dejarlo que correr el riesgo de perder lo principal. De ahí que los moros se hayan sentido rápidamente desanimados, y hayan dejado la victoria a sus contrincantes. Estos, en cambio, no tenían más remedio que luchar hasta el final si querían conseguir una compensación a su primitiva derrota.

La victoria cristiana constituye ya de por sí un resultado inesperado. Pero sólo hubiera sido una compensación moral si no hubiera tenido dos consecuencias imprevistas.

La primera está relatada conjuntamente por Castillo y Bernáldez. «Otro día», dice Castillo, «vinieron por la matanza, para acabar de recoger el despojo de los vencidos; e allí vieron cómo el ganado que los moros llevaban se volvía, a causa de lo aver desamparado por huir».

La segunda figura, con variantes, en las tres versiones de Palencia y Bernáldez. A la mañana del día siguiente, las tropas de Luis de Perñia y Rodrigo Ponce de León vieron acudir a otros guerreros cristia-

nos: el conde de Cabra, Martín Fernández, alcaide de Donceles, y Martín Alfonso de Montemayor, según Palencia; el conde de Cabra por su parte, y Rodrigo de Narváez (8), alcaide de Antequera, por otra, según Bernáldez.

La primera consecuencia tiene por efecto cerrar el episodio propiamente militar. La entrada de moros tenía por objeto realizar estragos y robos de ganado. La recuperación de éste, consecuencia directa de la derrota de las armas moras restablecía —milagrosamente— el estado primitivo de las cosas. La campaña relámpago de Muley Hacén que se había iniciado con éxito, debido al efecto de sorpresa y al poderoso ejército reunido, se termina con un fracaso rotundo que se manifiesta por la pérdida de la ganancia inicialmente adquirida y también por una derrota de las armas.

La segunda consecuencia pertenece aparentemente también al aspecto meramente militar del episodio: los esfuerzos preparados por algunos jefes comarcanos llegan un poco tarde para contribuir a la victoria de los guerreros de Osuna y Marchena, pero sirven para rematar la victoria de los cristianos, aniquilando a todos los moros que no habían logrado ponerse a salvo durante la noche. Pero en realidad esta prolongación de la batalla tiene efectos sobre todo políticos y económicos de los que hablaré seguidamente.

Aludí, al principio de este trabajo, a algunas dudas que permanecían sobre la batalla que acabo de relatar y, en particular, si se trataba claramente de una victoria de las armas cristianas. Las numerosas divergencias que existen entre las distintas versiones abogan para esa hipótesis en la medida en que coinciden los tres en este punto (9). Para con-

---

(8) Se trata en realidad de Fernando de Narváez y no de Rodrigo. El cambio se debe posiblemente a una lectura errónea de la abreviatura del nombre.

(9) Esas divergencias conciernen no sólo los detalles del relato sino también su significado general y su importancia en la historia del reinado de Enrique IV o relativamente a tal o cual de los personajes implicados. Para Enriquez del Castillo, esta victoria cristiana no hace más que ilustrar el feliz gobierno del rey que acababa de imponer su voluntad al rey de Aragón: «E como todas sus cosas subcedían prósperamente y se hacían mucho mejor que el quería...». Para Palencia, sólo constituye un paréntesis en medio del desastre general. «Quiso Dios, sin embargo, compensar con algún gozo el funesto presagio de numerosas desdichas, para que el aspecto de la felicidad recrease el ánimo

firmar aún este punto de vista, reproduciré seguidamente las palabras que dedica al acontecimiento Pedro de Escavias, a la sazón alcaide de Andújar, en su *Repertorio de Príncipes de España* (10). Escavias menciona primero éxitos conseguidos por el rey de Granada a expensas de don Juan Manrique, conde de Castañeda, que Enrique IV había nombrado frontero en Jaén, al iniciarse su reinado. Luego, marcando claramente que, por oposición, los episodios son esta vez victorias cristianas, dice: «Aunque, después, este mismo rey de Granada entró a correr tierra de cristianos, a la comarca de Çaja y Estepa, y pelearon con él don Rodrigo de León, marqués que fue de Cáliz, y el alcayde Luis de Pernia y otros cavalleros, en la del Madroño, y salió desbaratado. Y tornó a topar con el conde de Cabra, que salía al mesmo revato, y fizo en los moros mucho daño. Y así volvió a su tierra su rey Albalacén, fuyendo con harta pérdida de gente».

Para adelantar la idea de una derrota de los cristianos, Luis Suárez Fernández se apoyaba en una carta que Fernando de Narváez, alcaide de Antequera, dirigía al rey el 28 de mayo de 1462 o sea —si aceptamos la fecha de 11 de abril del mismo año propuesta por Bernáldez (11)— mes y medio después de la batalla. En esta carta se decía: (...) después que este otro dya a Vuestra Alteza escreví deste fecho acaecido en esta tierra, veyendo la vuestra çibdad de Çaja (12) e don Rodrigo e el alcayde de Osuna Luys de Pernia el gran daño que resçibieron de los moros, e quien fue la causa vuestra Alteza lo puede bien saber, ellos me demandan parte de la ganancia e pro que esta çibdad e yo ovimos...»

de los naturales de Castilla, resignados a sufrir los mayores daños...» y, en conclusión: «Sirvió esta notable hazaña para encubrir en algún modo la ineptitud y desidia de D. Enrique y para que los ensoberbecidos granadinos, conocedores de la confusión en que andaban muestran cosas, no devastasen Andalucía». Por su parte, Bernáldez exagera la importancia del papel de Rodrigo Ponce de León, concediéndole demasiada importancia.

(10) Este trozo figura en la p. 348 de la edición que preparé de las obras de Escavias. GARCÍA, Michel: *Repertorio de Príncipes de España y obra poética del alcaide Pedro de Escavias*. Jaén, Instituto de Estudios Giennenses del C. S. I. C. 1972.

(11) Reproducida por SUÁREZ FERNÁNDEZ en apéndice de su *Juan II y la frontera de Granada*. Obra cit. pp. 46-47, con un error tipográfico en el año: 1402 en lugar de 1462. He consultado una fotografía del original (archivo general de Simancas, Castilla Leg. 1-1.º; fol. 23).

(12) Probablemente habrá que leer Ecija.

En caso de no entregar lo que se le pide, el alcaide se ve amenazado de un empréstito forzoso sobre sus bienes y los de la gente de Antequera. Es una lástima que se haya perdido esa primera carta donde Narváez —según dice él mismo— había hecho un relato del suceso para el rey. ¡Qué duda cabe que hubiera sido muy distinto del que conocemos!

El mismo Fernando de Narváez no es mencionado más que por Bernáldez —los demás no lo citan siquiera—. ¿Será que los cronistas han querido, por razones políticas u otras, ocultar su actuación? O ¿será simplemente que su intervención fue tan marginal que no tuvo ningún efecto en la suerte de las armas? La explicación puede ser sencilla. Una sola persona merece citarse en dos testimonios —el de Palencia y el de Bernáldez—: es el Conde de Cabra. Es un personaje de gran autoridad y de mucho poder cuya mención se justifica ya sólo por su calidad. Este no es el caso del alcaide de Antequera —persona de origen social mucho más modesto. A esa explicación social, podemos añadir otra. Bernáldez escribe: «E otro día salió a la delantera el Conde de Cabra con novecientos de caballo e hizo grande estrago en los moros que alcanzó. E Rodrigo de Narváez, Alcayde de Antequera, salió *por su parte por otro cabo* (13) e mató e cautivó a muchos moros...». O sea que a la primera explicación se añade otra, geográfica ésta. El Conde de Cabra se ha juntado la noche misma con Pernia y Rodrigo Ponce. Es natural pues que se le mencione ya que su acción constituye una prolongación de la batalla del día anterior, a partir del punto en que se había recogido la tropa cristiana y acompañado por los vencedores de la víspera. Narváez, en cambio, «*salió por su parte, por otro cabo*» (13). No hubo pues aparentemente un plan concertado entre éste y los demás. Cada uno trabaja para sí, en el punto que ha escogido. Lo único que tienen en común los diferentes grupos son los enemigos o, mejor dicho —ya que se trata de correr al enemigo que está huyendo, de realizar, como cuenta crudamente Palencia, «por las espesuras de los bosques una verdadera cacería contra los moros...»— las víctimas. Como se puede suponer, tampoco hubo concertación para repartirse el botín.

Ahora bien, Bernáldez insiste sobre la ganancia cobrada por el alcaide de Antequera: «(...) e ovo muy gran despojo y provecho del fardaje, más que ninguno de los otros que se hallaron en encuentro con los mo-

*ros cuando iban huyendo»* (13). O sea que, en claro, el reparto del botín no corresponde a lo que exigiría la más elemental justicia. Narváez supo —o tuvo la suerte de saber— cobrar más ganancia que los otros que siguieron el alcance. Es la prueba de que es más hábil o más perito en este tipo de actividad. Nada que se le pueda reprochar si no hubiera el agravante de que no participó en nada en la lucha.

Rodrigo Ponce de León y Luis Pernia fueron los primeros en reaccionar frente a la entrada de los moros. A la cabeza de una tropa débil en extremo si se la compara con la del enemigo, no dudan en librar una batalla que se termina por un rotundo éxito suyo, contra todo lo que se podía esperar. La lucha encarnizada y el alcance que le siguen duran hasta la noche, impidiendo que los moros realizaran una retirada completa a sus territorios. A la mañana siguiente, pues, se ofrecen a las persecuciones de las tropas cristianas que llegan de refresco. ¿Cómo podían considerar entonces, los valerosos Ponce y Pernia, las ganancias realizadas por ese Narváez que llega justo a tiempo para saciarse de los despojos de enemigos ya vencidos, y se niega a compartir un tesoro a cuya adquisición tan poco ha contribuido? Claramente lo dice el tono de la carta de Narváez. Este confiesa que los fronterizos están obligados a cierta solidaridad: «...y porque, como Vuestra Señoría sabe, en los fechos de la guerra tyenen dadas e confirmadas leys por donde vuestros vasallos *nos avemos de seguir* (13), a los quales respondí que faría lo que fuese justicia».

Pero está íntimamente convencido de que él solo sabe lo que legítimamente le pueden pedir los demás. No admite sus peticiones, por parecerle exorbitantes y requeridas de modo demasiado apremiante.

«Y ellos me tornaron a escrevir e requerir lo sobre dicho y aun protestando y amenazando de se entregar en los vezinos y bienes desta vuestra cibdad...» Por si quedaran aún ilusiones sobre la solidaridad que reinaba entre los cristianos de la frontera, cuando tantas razones tenían por ayudarse mutuamente ante el peligro siempre presente de las correrías de los granadinos.

Las verdaderas razones que justifican la negativa de Narváez a ceder a las peticiones de sus «aliados», parece que fueron el objeto de una carta que, desgraciadamente, desapareció:

«Y las causas y razones porqué esta vuestra cibdad oyo non devemos fazer presente a los sobredichos, el ya dicho [Pedro de Hoçes, mensagero de Antequera] lo lieva por escripto».

Pero se puede suponer que lo que oponía a nuestros caballeros era una interpretación distinta de sus respectivos méritos.

Rodrigo Ponce de León, Pernia y sus hombres se han llevado la peor parte, es innegable. Las bajas que han tenido en sus filas son graves. Enríquez del Castillo las cifra en treinta caballeros muertos y ciento cincuenta peones, evaluación *a minima* desde luego. Por otra parte, la matanza de los de Ecija fue espantosa: ciento veinte y tres hombres dice Bernáldez; trescientos, según Palencia. Si la ganancia fuera proporcionada con las pérdidas, éstos tendrían que llevarse la mayor parte. En realidad, lo que pasó fue exactamente lo contrario: tuvieron la menor parte, ya que, cuando pudo rendir verdaderamente el alcance, se hallaban debilitados y poco dispuestos para seguir al enemigo. En cambio Narváez —y el conde de Cabra— llegaron en el momento propicio: no corrían ningún riesgo de encontrar una resistencia por parte de los moros ya desbaratados, y lo mejor del botín quedaba por recoger. De ahí el legítimo rencor de los primeros.

Narváez, desde luego, considera «la ganancia e pro que esta cibdad e yo ovimos» (14) perfectamente justificada. Y sugiere, con un tono pérfido, que Ponce de León y Pernia tuvieron, al fin y al cabo, lo que se merecieron:

«...veyendo la vuestra çibdad de Çaja e don Rodrigo e el alçayde de Osuna Luys de Pernia el gran daño que rescibieron de los moros, e *quien fue la causa vuestra Alteza lo puede bien saber...*» (13).

Lo que podría significar que los de Ecija, Osuna y Marchena no han atendido a su defensa como debían y cometieron grave falta al dejarse sorprender por el ataque de los moros; y no se ve por qué los de Antequera, que tanto cuidado tienen en vigilar la parte de la frontera que les corresponde, deberían pagar para compensar la negligencia de sus vecinos.

---

(13) Subrayado por mí.

(14) No dice «tovimos», sino «ovimos» porque la ganancia se la ganaron luchando, tomándosela al enemigo mismo.

La falta de algunos documentos no permite ir más allá de esas conjeturas. Con todo, bien se miden las rivalidades que oponían a esos jefes fronterizos cuya consecuencia era un debilitamiento de la defensa del territorio cristiano. En este sentido, «la del Madroño», según la expresión de Pedro de Escavias, es una ejemplar en sí y en sus consecuencias. La falta de solidaridad entre los cristianos permitía cierta iniciativa del rey de Granada. La resistencia que se le podía oponer se debía a la iniciativa de algunos: ninguna acción concertada que fuera capaz de reunir en poco tiempo un ejército de importancia parecida al del agresor. La suerte de las armas sólo podía favorecer a los cristianos si varios factores casuales intervenían conjuntamente: en este caso, un real afán de vencer y unos jefes de gran valor, a lo que hay que añadir los graves errores cometidos por los moros, por lo demás poco motivados. Para rematarlo todo, ninguna ambición política animaba a esos combatientes cristianos. Todo pasa como si se acomodaran fácilmente con la presencia de los moros y no pretendieran más que enriquecerse a su costa. De ahí las sórdidas discusiones sobre el reparto de la ganancia obtenida a expensas del enemigo que nos deja suponer la carta de Fernando de Narváez.

Si la duda de Suárez Fernández sobre la identidad del vencedor no se justifica en cuanto al aspecto militar del episodio, bien podría aplicarse a la dimensión política del mismo. Triste victoria de los cristianos fue la del Madroño.